

El general Felipe Ángeles: humanismo y educación militar*

Odile Guilpain

Invito, pues, a todos los soldados y a los Jefes y oficiales dignos y patriotas para que se unan desde luego al movimiento. De esta manera desmentiréis la calumnia que pesa sobre vosotros de que sois los verdugos del pueblo y desmentiréis que si estáis orgullosos de pertenecer al Ejército Mexicano, es porque el Ejército es hijo del pueblo, el defensor de sus instituciones y la encarnación de las glorias patrias.

Francisco I. Madero

“Al Ejército Mexicano”, noviembre de 1910

Felipe Ángeles fue un oficial federal y un revolucionario, que por esta condición suscitó en sus tiempos virulentas polémicas y su destino sigue planteando numerosas interrogantes. El breve resumen biográfico que sigue está orientado a poner de realce las características complejas de esta personalidad en su trayectoria que va del Porfiriato a la Revolución.¹

*Agradezco al doctor Adolfo Gilly su atenta lectura y valiosas sugerencias en la revisión de este artículo. Para una visión renovada sobre el general Felipe Ángeles, remito a Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Era/Conaculta, 2008.

¹ Principales obras biográficas sobre Felipe Ángeles: Bernardino Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal*, México, Herrerías, 1936; Bernardino Mena Brito, *El lugarteniente gris de Pancho Villa*, México, Mariano Colli, 1938; Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la Revolución de 1913. Biografía (1869-1919)*, México, edición de autor, 1943; Elena Garro, *Felipe Ángeles*, México, Difusión Cultural-UNAM, 1979; Luis M. Garfías, *Generales mexicanos de los siglos XIX y XX*, México, Secretaría de la Defensa Nacional-Universidad del Ejército y Fuerza Aérea (Biblioteca del Oficial Mexicano), 1982; Odile Guilpain, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, México, FCE, 1991; Adolfo Gilly, *op. cit.* Numerosos artículos de Felipe Ángeles, así como gran parte de su correspondencia con José María Maytorena, han sido recopilados por Álvaro Matute en *Documentos relativos al*

Dado el carácter sumamente contradictorio y discutido de las actuaciones de Ángeles, la pregunta de fondo puede plantearse así: ¿es posible —y dado el caso, ¿cómo?— que el ejército porfiriano haya podido formar y albergar en su seno una personalidad como la de Felipe Ángeles? Claramente sobresale como militar excepcional, pero también destaca como intelectual de convicciones humanistas. No cabe tras ninguna etiqueta preestablecida, ni menos aún tras la que corresponde a la opinión trillada de los llamados “militares macheteros” que abundaron en las filas del ejército de finales del siglo XIX y principios del XX. Éstos dejan tras de sí una visión estereotipada cuyos ejemplos pueden ser, entre otros, los de Victoriano Huerta, Manuel Mondragón o Juvencio Robles. Al general Ángeles no se le puede reducir simplificando su persona, ni tampoco atribuírsele ningún mote emblemático y reductor bajo la apariencia de adjetivación épica, como se designó a Pancho Villa como el

general Felipe Ángeles, México, Domés, 1982; véanse también las páginas que Friedrich Katz le dedica en *Pancho Villa*, México, Era, 2008.

Centauro del Norte, y a Emiliano Zapata como el *Atila del Sur*. Sólo su biógrafo opositor, el general Bernardino Mena Brito, llegó a tacharlo de “lugarteniente gris de Pancho Villa”, sin que prosperara la expresión, porque Ángeles nunca se limitó a un mero papel de segundón detrás del jefe de la División del Norte. Lo que antecede explica lo complicada que puede ser toda interpretación de la figura de Ángeles porque para conocerlo es preciso profundizar en lo que fuera su identidad y sus razones de vivir, hasta lo más hondo de sus compromisos.

¿Es posible ser un oficial federal de alto rango y después revolucionario, además de humanista? ¿Es posible suscitar a la vez un gran reconocimiento y un gran desconcierto, dada la personalidad peculiar del personaje? Para aportar algunos elementos de respuesta examinaré los orígenes de Ángeles, su formación, sus ideas y su evolución, basándome en testimonios de coetáneos y en sus propios escritos, e insistiendo en las muestras de su personal consecuencia con sus convicciones.

Los orígenes

Felipe Ángeles nació en 1868 en Zacualtipán, un pueblo de la sierra al norte de Pachuca, Hidalgo, donde su padre, un veterano de las guerras de 1847 y de 1862-1867, desempeñó el cargo de jefe político antes de ser administrador de rentas de aduanas en ese y otros pueblos de la sierra de Hidalgo, en la zona indígena otomí y náhuatl.

La familia Ángeles era de doble ascendencia, española e indígena. Para muchas personas que lo conocieron, en Felipe Ángeles sobresalían sus raíces indígenas y fueron comentadas positiva o negativamente, según los testigos: una de sus sobrinas recordaba con admiración que “tenía esa manera de ser que es muy del indio [...], el indio tiene un gran señorío, una cosa [...] grande; y era así, tenía esos rasgos”.² Para Pedro de Alba, el legado indígena jugaba en su desdoro: “tenía en su

² Entrevista de la autora a la señora Carmen Álvarez de la Rosa Krause, 8 de noviembre de 1982.

contra [...] la suavidad del indio”.³ Jorge Useta presta a Luis Cabrera el siguiente juicio cargado de antipatía prejuiciada: “Yo considero en sustancia que el general Ángeles era un hombre más que inteligente, ladino, en el sentido que damos en México a esta palabra: hermético, y como buen indio, rencoroso.”⁴ Otro testimonio cita a Santiago R. de la Vega y presenta a Ángeles como un “hombre frío, de catadura indígena, y de cultura científica en su profesión, que desconcertaba a ciertos generales improvisados en la lucha”.⁵

Fue el tercer hijo del segundo matrimonio de su padre, quien le dio su nombre y eligió como padrino al general Manuel Mondragón. Sin duda, durante su niñez Ángeles habrá oído en boca de su progenitor relatos de guerra y palabras que exaltarían las virtudes militares, el sentido de la Patria y el respeto por las grandes figuras de Benito Juárez y Porfirio Díaz.

Pronto se habrían hecho patentes las dotes intelectuales de Ángeles. Tras cursar la primaria en Molango y en Huejutla, donde se había trasladado la familia, entró al Instituto Literario de Pachuca, y a los 15 años de edad ingresó becado al Colegio Militar de Chapultepec. Que haya sido vocación en él o no, dadas las aptitudes del joven para el estudio, las circunstancias familiares y las becas que se atribuían a los alumnos del Colegio Militar de Chapultepec, la carrera militar era el camino común, *cuasi* obligado en casos de orígenes sociales modestos, para un posible ascenso social. Véanse las trayectorias de un Juvencio Robles (cuyo padrino fuera el mismo Porfirio Díaz), de un Jacinto B. Treviño, de un Gustavo Garmendia, o —circunstancias aparte— de un Heriberto Frías. Ahora bien, el temperamento de Ángeles era adusto, parco, meditativo,⁶ rasgos de los que podríamos pensar que poco se avienen a una carrera castrense: no obstante,

³ Pedro de Alba, “El general Ángeles en la Decena Trágica”, en *El Nacional*, 15 de octubre de 1915.

⁴ Jorge Useta, “Personajes de nuestra historia. Felipe Ángeles”, en *Excelsior*, México, 9 de julio de 1939.

⁵ E. Brondo Whitt, *La División del Norte (1914) por un testigo presencial*, México, Lumen, 1940, p. 271.

⁶ Véase el capítulo que Martín Luis Guzmán dedica a Ángeles en *El águila y la serpiente*, México, Compañía General de Ediciones, 1976.

Vito Alessio Robles lo describe como un hombre “callado por naturaleza”, aunque afirma enseñada que “era en el fondo un gran rebelde potencial”⁷ y, según su propia opinión, era “impetuoso”. También abundan los testimonios sobre el carácter bondadoso de Ángeles. Este conjunto de elementos habrían contribuido a hacer de él un oficial poco convencional.⁸

Hay un consenso en afirmar que la carrera de Felipe Ángeles en el Colegio Militar fue excelsa y en ella destacó como intelectual y teórico brillante. Antes de haber sido ascendido a teniente impartía clases de mecánica analítica, y más adelante fue profesor de matemáticas, de teoría y práctica de tiro en la Escuela Militar de Aspirantes. Desde 1896, año en que Heriberto Frías fue expulsado del ejército por haber escrito su denuncia sobre la represión en Tomóchic, Ángeles escribía textos técnicos sobre teoría del tiro, balística, empleo de la artillería en campaña... artículos y libros que fueron publicados en diferentes imprentas o que aparecían en la *Revista del Ejército y la Marina* o en el *Boletín Militar*.⁹ ¿Qué habrá meditado Ángeles tras la expulsión de Frías, a quien seguramente conoció durante los dos o tres años (1889-1891) en que coincidieron en el Colegio Militar?

Ángeles jamás fue enviado a campañas represivas, contra los yaquis, o contra Pascual Orozco. Por su nivel intelectual lo destinaban a comisiones en el extranjero,¹⁰ y permaneció varios años en Francia para perfeccionarse en diversas escuelas militares de renombre.

⁷ Citado por Luis Garfias, “El general Felipe Ángeles: esbozo de una biografía militar”, en Adolfo Gilly, *op. cit.*, p. 202.

⁸ Muchos son los testimonios de la bondad de Ángeles y no se pueden citar todos. Pero entre ellos destacaré aquí el de Juan Bautista Vargas Arreola. Relata con pormenores cómo el general “siempre generoso y bueno” ordenó la distribución de harina a soldaderas después de la batalla de Paredón (mayo de 1914), cómo ordenó que se les entregara dinero, “fueran del lado de la Revolución o de la usurpación” y cómo costó los estudios en una academia militar de Estados Unidos al hijo —entonces de ocho años de edad— de un sargento federal muerto en combate ese día; Berta Vargas de Corona (comp.), *A sangre y fuego con Pancho Villa*, México, FCE, 1995, pp. 169-172.

⁹ La lista de dichos escritos publicados entre 1896 y 1908 figura en Odile Guilpain, *op. cit.*, pp. 226-227.

¹⁰ En 1901 y 1909 en Francia; en 1904 en Estados Unidos.

¿Qué habrá leído Ángeles, siempre ansioso de cultura, en la biblioteca del Colegio y por su propia cuenta durante todos esos años? ¿Qué obras le ofrecía la biblioteca del oficial, aparte de las “clásicas” de estrategia militar? ¿Había lugar para literatura y otras materias?¹¹ ¿Y para libros que no pertenecieran a los también clásicos de la educación positivista? Sabemos que Víctor Hugo, por ejemplo, era muy leído en toda la república, y también otros autores, muchos de ellos franceses, si sacamos conclusiones de las existencias en las bibliotecas conservadas hoy en día. Ángeles vivió en constante curiosidad intelectual, con un afán por el aprendizaje: dice que leyó la *Historia de la Revolución francesa*, de Jules Michelet, así como obras de Hipólito Taine y del socialista francés Jean Jaurès.¹² Pero, ¿en qué época las leyó? El caso es que adquirió una amplia cultura, reconocida y admirada en forma unánime.¹³

El afán de superación intelectual es una de las características de Ángeles y un elemento clave en su trayectoria poco común. Por un lado fue, y se asumió, profundamente militar, pero jamás decayó en él la imperiosa necesidad vital, espiritual, ética, del pensamiento libre. Tal necesidad nació de la autoexigencia de apropiación del universo y de la comprensión de las contingencias individuales, que a la vez que arraigan al ser humano en sus orígenes y en su época, le impulsan a elevarse, a sublimar los límites del tiempo y las circunstancias. Esto es quizá una faceta del humanismo a nivel de la propia conciencia individual. Una de las expresiones de esa tendencia, notable

¹¹ Sería de gran interés para el estudio de la cultura militar por esos años tener un acercamiento al contenido de la biblioteca del Colegio Militar. ¿Existe un inventario de la misma?

¹² El cual dice de sí mismo que su interpretación de la historia es “a un tiempo materialista con Marx y mística con Michelet”, cit. en Albert Soboul, *Précis d'histoire de la Révolution française*, París, Editions Sociales, 1975, p. 8.

¹³ El general Antonio G. Olea lo describe como “uno de los militares más competentes y de más vastos conocimientos que hasta esa fecha había producido el glorioso Colegio Militar, al que ambos tuvimos la honra de pertenecer”; véase “La toma de Zacatecas”, en *La batalla de Zacatecas, Zacatecas*, s.e., 1998, p. 30. José María Jaurrieta dice de él que “era una universidad ambulante”, en *Con Villa (1916-1920), memorias de campaña*, México, Conaculta, 1997, p. 165.

en el caso de Ángeles, es la convicción de que hay que mantener vivo el libre albedrío en materia de conciencia y de pensamiento.

La libertad de pensar y opinar, la aplica siendo aún oficial subalterno en el Colegio Militar. Crítica en un discurso, pronunciado ante el mismo Porfirio Díaz, el bajo nivel de la enseñanza general en la formación impartida en la Escuela Militar de Aspirantes y en el Colegio Militar, señalando la necesidad de una reforma en la educación castrense. Más tarde tomó de nuevo distancia de la pedagogía aplicada en el Colegio en varios artículos,¹⁴ uno de los cuales le valdría un arresto seguido de un semidestierro bajo forma de una misión a Francia, en 1909.¹⁵ En otras circunstancias, Ángeles se levantaba contra la disciplina asfixiante de las condiciones de estudio estéril que sufrían sus condiscípulos y después alumnos en esa institución. Tampoco le cohibía el hecho de que Mondragón fuera su padrino para discrepar de su juicio cuando se trata de evaluar la calidad de armamentos y en varias ocasiones, según reportes que se pueden leer en el mismo archivo de la Defensa Nacional, “evitó que se hicieran negocios para su provecho [de Mondragón] con fondos del gobierno”.¹⁶ La misma conciencia profesional íntegra guió su rechazo al proyecto de pólvora sin humo que tenía que evaluar en una comisión a Estados Unidos.

Esa libertad de pensar la pulió con su larga experiencia de profesor y probablemente también con sus contactos fuera de los estrictos límites del Colegio Militar, y fuera de México, bajo la influencia de las ideas francesas en particular. En efecto, no puedo imaginar a Ángeles, estando en Francia entre 1909 y 1912, sin que su curiosidad intelectual y su interés por la cosa (*res*) castrense lo llevara a leer *L'Armée nouvelle* (*El nuevo ejército*) de Jean Jaurès, publicada en 1910,

¹⁴ “Un equilibrio paradójico”, en *El Boletín Militar*, 1 de noviembre de 1899, e “Importante a la sociedad mexicana y a los oficiales del ejército”, en *El Diario*, 13 de abril de 1908, incluidos en Álvaro Matute, *op. cit.* En Adolfo Gilly, *op. cit.*, figuran *in extenso* los artículos “Genovevo de la O” (1917) y “Manifiesto al Pueblo Mexicano” (1919), así como el relato de Felipe Ángeles de la batalla de Zacatecas.

¹⁵ Odile Guilpain, *op. cit.*, p. 109.

¹⁶ *Ibidem*, p. 110.

obra en la cual el fundador del periódico socialista *L'Humanité* propone reformas en el ejército, destacando en particular su misión social. Sin poder afirmar, a falta de pruebas terminantes, que Ángeles lo haya leído, sí leyó otras obras de Jaurès, como señalamos anteriormente, y las concepciones de “misión social” desarrolladas por el militar mexicano son desde luego muy afines con el pensamiento del francés.

De federal a revolucionario

Son esas ideas las que espera poder concretar como director del Colegio Militar a partir de enero de 1912, cuando Madero lo mandó llamar de regreso a México y le confió ese cargo. Comenzó a aplicar —como intelectual, como teórico imbuido de ideas de evolución, progreso y cultura del Ejército— las reformas por él deseadas: apertura de lo militar hacia lo civil, modernización del ejército y ese oxígeno de cultura universal que tanto anhelaba siendo alumno y luego profesor, y que permitiera aflojar “la disciplina asfixiante”, ya mencionada y de la que también hablara Jaurès, justamente.¹⁷ Ocupó el puesto durante seis meses que fueron de gran importancia, ya que tejió una relación de estima, amistad y confianza con Francisco I. Madero, coincidiendo ambos en los ideales de democracia y siendo afines sus caracteres bondadosos y moderados. Esta “misión elevada” del ejército,¹⁸ la truncaron los acontecimientos y las urgencias del momento. En efecto, a principios de agosto, el presidente Madero confió a Ángeles el mando de la campaña en el estado de Morelos contra la rebelión zapatista que Juvencio Robles reprimía con mano dura: incendios de pueblos, tierra arrasada; esa “política de exterminio”, como la calificó Ángeles, no sólo no lograba aplacar la rebelión sino que la enardecía más. Aun así y contra esos antecedentes nefastos, recién llega-

¹⁷ “Que las grandes escuelas militares entren lo más posible en comunicación con todo el movimiento intelectual del mundo moderno”, escribe Jaurès en *L'Armée nouvelle*, París, Rieder, 1932, p. 541.

¹⁸ Más citas, en la *Revista del Ejército y la Marina*, julio de 1906, núm. 7, pp. 18-31.

do a Cuernavaca, en un artículo dirigido “Al Pueblo de Morelos”, Ángeles definía su objetivo, esta vez en el terreno: expresaba claramente su voluntad de poner término a los métodos de sus predecesores y de llevar a cabo una misión de progreso y de reconstrucción.¹⁹ En una carta dirigida a Manuel Márquez Sterling, Ángeles aclara lo que fue entonces la labor confiada por Madero y las convicciones que guiaban a los dos: “Los zapatistas han tenido siempre razón, aun en contra de Madero, así me lo manifestó éste, y me envió a la guerra del sur para ver de reparar errores, dejando a mi exclusivo criterio la conducción política y militar de la campaña.”²⁰

Es la primera experiencia de terreno para Ángeles, y sabe que tiene que actuar como militar y como negociador. También demuestra por vez primera en campaña lo que será en él una constante en todas las acciones de guerra en que estuvo involucrado: su preocupación por ahorrar vidas, de soldados y de civiles, y el trato humanitario hacia el enemigo.²¹ “Ángeles llevó a cabo lo que podría llamarse ‘una guerra de caballero’ y suspendió casi todas las represalias contra la población civil. Los prisioneros eran bien tratados y no ejecutados.”²² Su actuación pacificadora, en una primera etapa, dio resultados reconocidos por al menos un periódico, *El Diario*, en cuyo número del 29 de septiembre de 1912 se puede leer: “El general Ángeles es el primero de los jefes militares de Morelos en comprender que no se debe recurrir sólo a medidas duras e inflexibles, y gracias a su apoyo ha ido disminuyendo entre los al-

zados la opinión de que el gobierno es un enemigo implacable contra el cual no hay más remedio que la fuerza bruta.”²³

Años después, en 1917, desde su exilio en Texas publicó un texto, hoy muy conocido, del que dice que lo escribe “en honor de Genovevo [de la O] y para vergüenza nuestra”.²⁴ En él expresa todo el respeto que sintió por la persona del general zapatista, la legitimidad de su lucha, y por Zapata. Explica que al asumir el mando, inquirió para saber quién era aquel hombre de quien escuchaba relatar tanto hazañas militares como fechorías. El tono del artículo nos puede parecer hoy muy paternalista. A la vez es indiscutible que Ángeles sí hizo obra de pacificación, sí consiguió que Zapata aceptara entrevistas y diálogos; sin embargo, no se pudo llevar a buen término este proceso, al ser interrumpido por el cuartelazo de febrero de 1913. En Morelos Ángeles se enfrentó directamente a las maniobras de la prensa que buscaba desprestigiar al gobierno de Madero, así como a la persona misma del presidente y a las maniobras de quienes, dentro del ejército, ponían obstáculos a la obra de negociación y de pacificación emprendida por el general en esa segunda mitad del año de 1912. A mediados de octubre se obligó a endurecer sus operativos. No obstante, el recuerdo que se tiene de Ángeles en Morelos entre los zapatistas nada tiene que ver con el que dejó Juvencio Robles.

Recordemos brevemente que Madero viajó a Cuernavaca el 9 de febrero de 1913, para pedirle a Ángeles, de cuya lealtad no dudaba, que regresara a México con sus tropas. Por razones de jerarquía militar, Ángeles no obtuvo el mando del ejército federal y fue arrestado al mismo tiempo que Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, siendo una de las últimas personas que los vio en vida. En los meses siguientes a la toma del poder por parte de Victoriano Huerta, Ángeles, como muchos revolucionarios, se vio obligado a salir del país.

El asesinato de Madero y de Pino Suárez orientó para siempre el destino del general. Nadie mejor que el propio Ángeles podría expresar lo

¹⁹ Felipe Ángeles, “Al Pueblo de Morelos”, en *La Patria*, 17 de agosto de 1912.

²⁰ Carta de Ángeles a Manuel Márquez Sterling, Ministro de Cuba en México, 5 de octubre de 1917, citada por Adolfo Gilly, *op. cit.*, pp. 283 y ss.

²¹ No se sabe que los haya mencionado pero es muy probable que conocía los textos de la “Primera Convención de Ginebra de 1864 para el mejoramiento de la suerte que corren los militares heridos en los ejércitos en campaña”, así como las versiones que siguieron hasta la “Convención de La Haya de 1907”. En contraste, el número de ejecuciones ordenadas por Villa o por Obregón es mucho mayor

²² Friedrich Katz, *op. cit.*, t.1, p. 149. Véase también t.1, pp. 255 y 317, sobre el descontento que suscitaba entre algunos de sus soldados por restringir los saqueos y exigir el respeto de la vida de los civiles.

²³ Odile Guilpain, *op. cit.*, p. 55.

²⁴ “Genovevo de la O”, en *La Patria*, El Paso, Texas, diciembre de 1917, en Adolfo Gilly, *op. cit.*, pp. 262-282.



Hd. de Avia.
"El Bambalete"
A.S. NUÑEZ

que sería en adelante el eje en torno al cual giró su existencia: “Vine del pueblo y era yo exclusivamente un soldado. La ignominia de febrero de 1913 me hizo un ciudadano y me arrojé a la Revolución en calidad de devoto de nuestras instituciones democráticas.”²⁵ Pensemos tan sólo un minuto en el valor intelectual y moral que se requiere para escribir y publicar estas palabras. La crítica personal era expresada con parquedad y moderación, pero cundía, fuerte, intensa, sin apelación, revelando una profunda humildad y capacidad de autocuestionamiento, dándole todo su peso al sentido del vocablo ciudadano. Destaca en Ángeles lo que sería en adelante su acción apasionada y consecuente hasta el sacrificio, en una *cuasi* mística de la democracia.

Desde Francia, Ángeles llega a Nogales a finales de 1913. En esa ciudad estaba establecido el cuartel general de la revolución constitucionalista antihuertista bajo el mando del Primer Jefe, Venustiano Carranza. Ofrece sus servicios como oficial de artillería a la causa. Pero el ambiente de Nogales y la gente que rodea al Primer Jefe no se equipara con el ímpetu maderista y la fe demócrata de Ángeles. Muy lejos de tomar en cuenta sus planes estratégicos, Carranza lo inmoviliza en un puesto de amanuense, como lo expresa el general, nombrándole a su llegada como secretario de Guerra, y algunos días más tarde lo designa subsecretario encargado del Despacho. El recelo de los constitucionalistas allegados a Carranza es patente, al proceder Ángeles del ejército federal. Sea que Villa le mandó llamar, sea que él mismo optó por reunirse con la División del Norte, el hecho es que a mediados de febrero de 1914 se incorpora a las fuerzas villistas.

Comienza entonces una relación entre él y Francisco Villa que no deja de asombrar a muchos. Villa, hombre del pueblo, sin instrucción, genio intuitivo y pragmático adalid, formado en las persecuciones por las sierras y ducho en el arte de la guerrilla, poco dado a los sentimientos de conmiseración; Ángeles, intelectual, lleno de

compasión hacia quienes llama los desheredados, militar excelso formado en las aulas donde se imparte la teoría: todo parecía distanciar a los dos generales. Esta relación no se concibe si no se la piensa basada en el respeto mutuo que nace de la ausencia de prejuicios y la atracción recíproca debido, quizá, a la entereza de los temperamentos, aunque opuestos en sus manifestaciones socializadas. Años después, Villa le dirá a Ángeles: “Usted es el primer hombre que me contradice y no ha muerto”;²⁶ pese a los roces, jamás Villa dejó de estimar a Ángeles y dio el nombre del general a la escuela que construyó en Canutillo.

En 1914 ambos contribuyeron en forma decisiva a la derrota militar del huertismo —con las grandes batallas de Torreón, de San Pedro de las Colonias y de Zacatecas—. Se conjugó entre los dos hombres, para bien de la Revolución, la inteligencia militar compartida y complementaria, vinculada a un propósito imperativo de unidad de acción, bajo la autoridad de dos carismas cuya asociación coyuntural permitió que la División del Norte diera toda la dimensión a su talento y a su potencia arrolladora.

También juntos, en junio de 1914, sellaron la escisión entre los que se llamarían constitucionalistas y convencionistas; juntos insistieron en que Zapata aceptara enviar una delegación a la Convención. A principios de diciembre de 1914 Villa desoyó los consejos de Ángeles que le urgía a perseguir a Carranza camino a Veracruz, y después tampoco escuchó sus argumentos tendentes a disuadirle de enfrentarse en León y Celaya al ejército de Obregón. Se fue diluyendo la fuerza de la División del Norte, triunfó el carrancismo, y como tantos otros derrotados, Ángeles se fue al exilio en Estados Unidos en 1916.

Allí sufrió las penurias por las que pasaban decenas de mexicanos exiliados. Aparte de buscar empleo, se dedicó a estudiar, a leer, a escribir y a hacer trabajo de militancia con los desterrados —formó parte del grupo que creó la Alianza Liberal Mexicana en Nueva York.

²⁵ Felipe Ángeles, “Manifiesto al Pueblo Mexicano”, en *La Patria*, El Paso, Texas, 5 de febrero de 1919, en Adolfo Gilly, *op. cit.*, pp. 289-294.

²⁶ Federico Cervantes, *op. cit.*, p. 321. No fueron escasas las ocasiones de desavenencias entre Villa y Ángeles: en diciembre de 1914, en 1915, en 1919; pero cada vez fue más fuerte la voluntad de entendimiento y de respeto.

En diciembre de 1918 Ángeles se internó a México clandestinamente con el objetivo de llamar a la unión de las fuerzas que luchaban cada cual por su cuenta contra el gobierno de Venustiano Carranza. No pudo convencer a Villa sobre la necesidad de volver a constituir un ejército formal y disciplinado, uniendo a todas las fuerzas anticarrancistas que combatían en la república. Se separó de él y la traición le sorprendió con una escolta reducida, en su refugio de la sierra. Tras un consejo de guerra sumario fue fusilado en Chihuahua, el 26 de noviembre de 1919.²⁷

Revolucionario, humanista con ideal de justicia social

¿De qué materia disponemos para justificar la presente propuesta de comprender la figura de un ex oficial del ejército federal como un humanista revolucionario, con apertura hacia ideas socialistas en las filas de la Revolución mexicana?

Lo hemos subrayado, a más de ser un militar egresado del Colegio de Chapultepec, el general Ángeles era un intelectual. Como tal desarrolla su cultura, pone gran atención a la educación y se dedica, tanto en sus años de juventud y de madurez, como en el exilio —que es un periodo tenso de reflexión—, a profundizar en torno a sus inquietudes, a pensar en la problemática de su país. El pensamiento de Ángeles se mantuvo articulado en torno a cuatro ejes principales fácilmente identificables, por ser reiterativos tanto en la correspondencia con el exiliado y ex gobernador de Sonora, José María Maytorena, como en sus artículos y también en las palabras pronunciadas durante su juicio y que pueden servir como instrumentos de análisis: educación, religión, humanismo y socialismo. La imperiosa necesidad de educar al pueblo, la tolerancia en materia de creencias, la confianza en el hombre y la fe en el progreso, son sus convicciones cardinales. Se integran en un carácter ecuánime, en una gran ca-

²⁷ Sobre ese periodo y el juicio, véanse las mencionadas obras de Federico Cervantes, Elena Garro y Adolfo Gilly. En esta última, véase Ruben Osorio, “General Felipe Ángeles. Consejo de Guerra y fusilamiento”, pp. 153-200.

pacidad de trabajo, en una voluntad férrea y en la conciencia del compromiso con la patria, con una impregnación intensa de lo que es desde siglos el ideal de las virtudes militares —la abnegación, la lealtad,²⁸ el espíritu de sacrificio—, y conforman a un hombre al que vemos presa de contradicciones profundas, ciertamente dolorosas de vivir para él, pero también dispuesto a ser revolucionario, jamás clavado en una postura rígida y paralizada.

En Ángeles se da la generosidad histórica de la confluencia de cuatro mundos, de cuatro tendencias labradas durante años por un hombre en lidia constante, profundamente asumidas en su carácter enriquecedor a la vez que desgarrador porque siempre vividas con pasión, con múltiples dudas, con distancia crítica y esfuerzo por la superación pese a todas las contradicciones intrínsecas, con entrega que siempre se quiso militar y orgullosamente abnegada: un legado con resonancias cristianas que forman parte de la idiosincrasia mexicana, muy presente en el vocabulario, en la intensidad de los compromisos adquiridos; el humanismo, adquirido al filo de las lecturas impulsadas por el afán de superación y de entendimiento del hombre; y el compromiso con su pueblo, del que se sentía producto desde abajo, desde sus raíces indígenas de las que no quería desligarse, a sabiendas de que era deseable para todos el acceso a la educación; y poco a poco se formó la conciencia de que el socialismo era un camino posible hacia esa evolución que él pudo operar, aunque imperfectamente. Pero aquel camino intelectual complicado, matizado por las herencias, por su temperamento perfeccionista y entero, no lo pudo cumplir en forma cabal. Porque la instrucción castrense que le dio el sentido de la abnegación patrióti-

²⁸ Nunca renegaría el general Ángeles del pasado de “soldado glorioso” de Díaz, que llamaría “patriota insigne en la segunda guerra de independencia” en su discurso en Parral, el 22 de abril de 1919, citado por Federico Cervantes, *op. cit.*, pp. 296-299. Tal apego a la lealtad castrense sería entendido por sus detractores como una prueba de su adhesión al dictador, olvidando las palabras que seguían en su discurso, de clara acusación de brutalidad represiva en Veracruz y Tomóchic y de violación a la ley, convirtiendo su gobierno en una autocracia más absoluta que la de los zares de Rusia.

ca le impidió adquirir una conciencia militante suficientemente afirmada.

En esa evolución imperfecta queda retratada parte del destino de la aspiración al cambio del pueblo mexicano. Como otros muchos testimonios, ofrece al historiador un recorrido a la vez recto hacia la meta, y zigzagueante por la vida hacia el entendimiento de quienes vivieron y murieron por otro México, que no fuera ni el dictatorial porfiriano ni el democrático estampado con simpleza en la imagen de apóstol de Madero. Ángeles se hermana en la proclama de redención del pueblo mexicano que tan a menudo expone en sus cartas de entonces, mezcla confusa en los conceptos, más clara en la vivencia y en la esperanza.

La educación como condición del progreso

Como numerosos de sus coetáneos, Ángeles cree firmemente en el poder “civilizador” de la educación. Es un pedagogo, es un apasionado de la cultura y de la instrucción, desde los años de su juventud en que denunciaba el bajo nivel de cultura de los oficiales, hasta la madurez y prematuro ocaso de su existencia cuando escribe: “Si en esta Revolución se cometen errores, es porque toda la educación se limita a una verdadera fórmula. El pueblo bajo vive en la ignorancia y nadie se preocupa por su emancipación”,²⁹ e insiste: “[...] lo que necesitamos es educación, en toda la extensión y fuerza del término; para dar vigor al cuerpo, luz a la inteligencia, bondad al alma[...]”,³⁰ palabras que evocan las de un Montaigne: “alma sana en cuerpo sano”, pero va más allá, conforme su reflexión y lecturas van madurando: “Toda la dificultad estriba en el ensanchamiento del círculo de las ideas de cada habitante de la sociedad actual, y en encontrar los medios prácticos que aceleren la evolución. Pero por poco que se medite y se vuelva atrás la cara para ver el camino recorrido, se convence uno de que el triunfo es ya seguro.”³¹ Reafirma: “La creación y educación de

²⁹ Citado en Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 279.

³⁰ Felipe Ángeles, “Educación”, junio-julio de 1917, en Álvaro Matute, *op. cit.*

³¹ Citado en Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 159.

la juventud es una tarea sagrada [...] abundo en las ideas socialistas a este respecto.”³² Y sueña con que, empezando a educar a los niños, “éstos, más tarde, exclamen, como Sócrates ‘tengo mi alma emancipada’”³³

Con esa confianza en la evolución y progreso certeros por obra de la educación para todos, Ángeles pasó de ser profesor en la Escuela Militar de Aspirantes y en el Colegio Militar de Chapultepec, a enseñar, predicar, como él dice, a oficiales subalternos de la División del Norte y al público en general cuando tenía la oportunidad. De esas enseñanzas del general en los campamentos, en el tren, en la sobremesa, nos han llegado varios testimonios, según los cuales eran escuchadas con gran interés, respeto y admiración por la cultura de ese militar que tanto se salía de los esquemas comunes. Francisco L. Urquiza, por ejemplo, recordando los principios del año de 1914 en Nogales, relata que “[...] el general Ángeles, acompañado de sus ayudantes Bazán, Cervantes y Gonzalitos, con frecuencia acude a presenciar la instrucción que imparto a la escolta del Primer Jefe; sus sabios consejos y cuidadosas observaciones las estimamos grandemente; son la ciencia y la bondad personificadas en él, que están con nosotros”,³⁴ y explica que fuera de las horas de instrucción militar Ángeles también era escuchado con atención: “El general Ángeles tenía grandes proyectos para organizar nuestras fuerzas rebeldes; muy amena e instructiva era su conversación y largas horas pasábamos a su lado escuchándolo embebecidos.” Desgraciadamente, Urquiza no precisa qué temas “embebecían” a su público. Pero sabemos por el mayor Eduardo Ángeles, su sobrino y testigo presencial, que en plena campaña, en los recesos de la División del Norte, el general impartía “clases de socialismo”.³⁵

Según el general Ángeles, son la falta de educación y la ignorancia lo que no les permiten a un

³² Felipe Ángeles, “Errores de revolucionarios y habilidades de déspotas”, junio-julio de 1917, citado en Álvaro Matute, *op. cit.*

³³ Palabras de Felipe Ángeles durante su juicio, citadas por Federico Cervantes, *op. cit.*, p. 330.

³⁴ Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, p. 151.

³⁵ Entrevista de la autora, 1982.

Villa o a un Genovevo de la O otra forma de protesta sino la violencia.³⁶ Hasta durante el juicio, hablaría de Villa como de un Jean Valjean,³⁷ víctima de las injusticias sociales, y en esta medida exculpado de parte de su responsabilidad cuando recurre a la violencia como forma de rebelión, como rechazo al sometimiento.

Descreimiento y misticismo

El tono y la postura de Ángeles con respecto a la religión revelan un innegable arraigo cristiano. A pesar de declararse “descreído”, es afirmada su tolerancia hacia las creencias y los rituales de la religión, y —tenemos ejemplos en las líneas anteriores— emplea con frecuencia un vocabulario religioso, crístico, con énfasis y exaltación.³⁸ Es esta una de las facetas aparentemente contradictorias de la personalidad del general pero que se reconcilian en sus tendencias humanistas: apertura al espíritu y a lo espiritual, a la vez que estructuración resueltamente objetivizante, positivista por formación, de la razón. Una ilustración de esto lo proporciona el episodio final de su juicio. Liberal, ateo o agnóstico, pocas horas antes de ser ejecutado, un sacerdote llegó a su celda para que se confesara. Los testigos relatan que el general trabó con él “una discusión, que fue escuchada en silencio por los presentes, acerca de la religión católica, viéndola Ángeles desde el punto de vista filosófico, en cuya materia era un gran erudito. Habló también sobre la vida de Cristo muy ampliamente y discutió acerca del alma y del cuerpo, e igualmente sobre la historia de las religiones”.³⁹

³⁶ Felipe Ángeles, “Genovevo de la O”, en Adolfo Gilly, *op. cit.*

³⁷ El héroe de la novela *Los miserables*, de Victor Hugo.

³⁸ El universo mental de Ángeles parece inscribirse en el análisis que hacía el joven Marx en 1843: “Entonces, nuestro lema deberá ser: la reforma de la conciencia, no por medio de dogmas, sino a través del análisis de la conciencia mística, ininteligible a sí misma, ya sea que se manifieste en su forma religiosa o política. Luego será evidente que el mundo ha estado soñando por mucho tiempo con la posesión de una cosa de la cual, para poseerla realmente, debe tener conciencia”; Carta de Marx a Arnold Ruge, <http://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m09-43.htm>.

³⁹ Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 317.

Tendría muy presente en la memoria una de sus últimas lecturas: en efecto, cuando regresó de manera clandestina a México llevaba algunos libros, entre ellos la *Vida de Jesús*, de Ernest Renan.⁴⁰ En la soledad de la muerte próxima, se siente más que nunca deseoso de reafirmar sus intenciones pacifistas y ante sus jueces declara: “En mis prédicas no he dicho nada contra la Constitución; he predicado la fraternidad; he predicado una doctrina de conciliación y de amor.”⁴¹

Estas no fueron posturas de última hora. La firmeza y la generosidad de sus denuncias siempre siguieron senderos inciertos y múltiples, pero consecuentes. Así lo hace cuando condena las atrocidades cometidas por el ejército en Morelos, y describe la ruina que eran los pueblos de Huitzilac y de Santa María: “La iglesia era a la vez un cuartel y una caballeriza del Ejército Federal. Todo aquello era una terrible acta de acusación contra el Gobierno. [...] Yo, un descreído, me avergoncé de la obra del Gobierno y, [como] un indio, me apesadumbré al imaginarme a mis hermanos sin hogar, errantes como fieras en los bosques. Y empecé la reconstrucción.” Es importante volver a subrayar el que Ángeles suele ser consecuente con sus principios y toma riesgos: en esa ocasión desconcierta a sus asistentes cuando confía en el pueblo armado para escoltarle en una excursión a una laguna, pero dice: “[...] sentí la inmensa satisfacción de ver que mis amigos los pobres, los expoliados, los perseguidos, los indignos de confianza, me entendían, eran buenos y leales y se acercaban y se me pegaban al corazón”.⁴² Al igual que resulta imposible colocar una etiqueta definitoria bajo la fotografía histórica de Ángeles, es imposible leer sus escritos como bloques categorizados. Siempre aparecen en ellos, mezclados dentro del eclecticismo, la preocupación por lo social y la moral militar.

El interés de Ángeles por el hecho religioso es filosófico, como lo aclaran esos testimonios, y ético. No era anticlerical, era tolerante. Esa tolerancia es motivada por lo que cree ser un necesario sostén

⁴⁰ Además de una “Historia general de los Estados Unidos” y una vida de Napoleón.

⁴¹ Palabras de Ángeles durante el juicio, citadas en Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 279.

⁴² Felipe Ángeles, “Genovevo de la O”, *op. cit.*

moral para el pueblo. Afirmaba en uno de sus discursos que “estar contra la religión y no solamente contra los abusos del clero, es herir nuestros más nobles sentimientos y oponerse a todas las escuelas de moral”. Pero cuando agregaba que “la ciencia de la moral y la filosofía que ennoblecen el alma están sólo al alcance de los hombres más inteligentes de la tierra; las masas necesitan de los ritos de la religión para moralizarse [...]”, no se puede negar que permanecen en él algunos elementos del pensamiento social de corte conservador. Esto se percibe también cuando traza a continuación un paralelo entre los ritos religiosos y los militares, diciendo: “Si somos liberales, debemos respetar la libertad de conciencia y no debemos quemar los santos, por la misma razón que no permitiremos a nadie quemar nuestra bandera.”⁴³

La fe en la humanidad lo guía y busca un hilo unificador transcendental: “Todo el mundo tiene una religión, todo el mundo tiene una fe. Con las ciencias adquiere una nueva fe, la fe en la labor científica va descubriendo una a una las leyes que rigen el mundo y alivia a la humanidad de sus dolores, y una religión: el amor a la humanidad.”⁴⁴ Es un ideal de humanista. Pero de un hombre instruido en las escuelas del positivismo, en gran medida autodidacta y formado sobre la brecha, quien vivió entre las tenazas de tendencias contradictorias que pretendió conciliar: lo militar y lo humanista.

Humanista de convicción y de corazón

Por esa necesidad existencial de buscar la congruencia entre sus convicciones éticas como militar y sus ideales de intelectual humanista chocaron en él dos identidades, y en función de las circunstancias y de las prioridades coyunturales una tendencia podía predominar sobre la otra, pero nunca cesaban de cohabitar en su ser profundo. Esto se expresa muy claramente en sus escritos. Ya desde antes del exilio, un ejemplo de

ello muy conocido y discutido es su relato de la Batalla de Zacatecas,⁴⁵ mucho menos pormenorizado a nivel técnico que otras descripciones, por ejemplo las de su amigo y ex discípulo, miembro de su Estado Mayor, Federico Cervantes.⁴⁶ El general Ángeles le da la palabra al hombre Felipe Ángeles, con su visión poética de la guerra (en el sentido de *poïesis*, que es creación de la que habla Michelet). Sigue la vertiente de su pasión por la estética, más allá del arte de la guerra,⁴⁷ lo cual le vale duras críticas. Pero debemos entender que para Ángeles, lo mismo que para Jaurès, quien a su vez lo retomaba de Michel de Montaigne, la guerra participa del engrandecimiento del hombre porque en ella se templa el alma y en ella “el hombre, arrinconado por los acontecimientos, da su verdadera medida”.⁴⁸

En 1916, la guerra para el general desemboca en el exilio. Tiempo de reflexión para el oficial, por la obligada inmovilización que implica a falta de terreno de batalla. Tiempo de reflexión para el intelectual, que saca partido del periodo para profundizar sus conocimientos teóricos. No se quiere dar por vencido, no quiere dar por vencida la idea que tiene del destino de la Revolución.

Expresa en sus cartas a Maytorena que no se siente optimista. Sin duda sufre, como todos los exiliados, los altibajos de una existencia precaria, amenazada, pendiente del hilo incierto de las noticias que llegan de México. Sin embargo, las manifestaciones de desaliento de Ángeles son coyunturales. Su fortaleza y su entereza arraigan en su fe inquebrantable en el futuro luminoso de la humanidad. En un manifiesto publicado en el periódico *La Patria*, de Parral, el 5 de febrero de 1919,

⁴⁵ Publicado *in extenso* en Adolfo Gilly, *op. cit.*, pp. 226-251.

⁴⁶ Federico Cervantes, *op. cit.*, pp. 203-252.

⁴⁷ Véase Arturo Pérez-Reverte, *El húsar*, México, Alfaguara, 2004.

⁴⁸ Jean Jaurès, *L'Armée nouvelle*, París, L'Humanité, 1915, p. 541. Aunque también podemos comprender la apreciación de Brondo Whitt, quien escribe: “No se puede dudar de la alta moralidad, del buen corazón del general Ángeles, y quizá debiera haberse esperado un poco para hacer su crónica; porque, con el placer del triunfo, sus palabras, impregnadas de excesiva alegría, resultan crueles, considerando que en aquellos instantes muchos millares de pechos estaban oprimidos y luctuosos”; E. Brondo Whitt, *op. cit.*, p. 217.

⁴³ Discurso de Ángeles referido por Federico Cervantes, *op. cit.*, y Álvaro Matute, *op. cit.*, pp. 237-241.

⁴⁴ Citado en Álvaro Matute, *ibidem*, p. 153.



escribe: “[...] tengo la firme convicción de que, así como hace un siglo yacía en el seno de las cenizas el fuego sagrado de la Independencia que al fin se consumió, ahora yace la llama de la democracia que establecerá definitivamente el imperio de la ley y que extirpará para siempre la plaga de los caudillos dictadores”. Y porque preconiza la extinción del caudillaje, condena a Carranza por perseguir fines personalistas y ser un nuevo caudillo.⁴⁹ Cada paso dado en el camino hacia la democracia es un avance para la sociedad, más allá de cruentas peripecias: “[...] así como los atentados de febrero de 1913 no hicieron fracasar la revolución democrática de 1910, tampoco las habilidades de Carranza la harán fracasar, sustituyendo la dictadura ilustrada de Porfirio Díaz por la rapaz de Venustiano Carranza”.⁵⁰

Aboga Ángeles por las “completas libertades en todas las formas de manifestación del pensamiento”,⁵¹ y escribe desde el exilio: “[...] sepan que algún día colaboraré con éxito en conquistar la libertad y la justicia, para todos, aun para ellos [los huertistas, los carrancistas]”,⁵² repitiendo que está con los que no se someten a la injusticia, con Villa, con Genovevo de la O.

Y como revolucionario plantea una pregunta clave: “¿Cómo hacer triunfar en la práctica una revolución que ha triunfado en las conciencias de todos...?”⁵³ En resumen, pese a todo, su optimismo humanista le hace persuadirse de que ya se ganó la batalla de las conciencias y que sólo falta dominar los hechos: esta cita contiene todo el mensaje humanista que se nos ha transmitido desde el siglo XVI con François Rabelais y Michel de Montaigne.

En el umbral del socialismo

Pone su sensibilidad al servicio de la política: “La piedad para los desheredados no es un dislate político, es la base indispensable para el equilibrio

social”.⁵⁴ La palabra “equilibrio” también es *leit-motiv* en el discurso de Ángeles; incluso la eligió como título de uno de sus primeros artículos,⁵⁵ lo que desde nuestro punto de vista proporciona uno de los indicios más esclarecedores cuando se trata de comprender cómo se construyeron el pensamiento y el compromiso de vida de Ángeles. En dicho artículo explica cómo medita el hecho de que es preciso pasar por una aceptación de la paradoja para encontrar el equilibrio de las cosas, la razón esencial y poética (creadora) de su existencia, gracias a la cual es posible buscar la armonía universal. El equilibrio es por esencia paradójico (dialéctico), y sugerimos que entendiendo esto podemos también entender mejor cómo Ángeles pudo vivir contradicciones y situaciones paradójicas sin perder su coherencia interior.

Cuando habla de los pobres, su estilo suele adoptar acentos compasivos, paternalistas, hasta complacientes. Pero, ya lo hemos señalado, no es pura retórica. Estando en el exilio y literalmente sufriendo penurias, frío, hambre en Nueva York, separado de su familia, se hace evidente su compromiso de vida con los desheredados. En 1917, en una carta enviada a Maytorena redactada en Nueva York, le explica: “Había yo leído muchos libros socialistas y como Ud. sabe me había yo convertido al socialismo; pero me faltaba la experiencia personal.”⁵⁶ Y para conocer en carne propia lo que viven los pobres de Nueva York, se sumerge a veces en los bajos fondos sociales, dice, a escondidas: “Tengo mis amigos entre los indios de aquí, entre los humildes, entre los negritos [...]”⁵⁷ Notemos nuevamente el carácter aproximativo del vocabulario y de los conceptos. Siguiendo su vocabulario y sus referencias cultu-

⁵⁴ Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 181. El énfasis puesto en la “piedad” no deja de sonar como un eco de la grande *pitié du royaume de France* que animara a una Juana de Arco.

⁵⁵ Felipe Ángeles, “Un equilibrio paradójico”, *op. cit.*, 1891.

⁵⁶ Carta del 25 de septiembre de 1917, en Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 221. En su artículo “El liberalismo es un ideal del pasado”, junio-julio de 1917, explica que leyó a Marx, a Engels y a sus seguidores, también a Proudhon, señala su admiración por el presidente estadounidense Wilson, por ser demócrata convencido y por su doctrina de la *new age*.

⁵⁷ Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 220, así como los comentarios de Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 2, p. 276.

⁴⁹ Citado en Álvaro Matute, *op. cit.*, pp. 165-170.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 152.

⁵¹ *Ibidem*, p. 135.

⁵² *Ibidem*, p. 133.

⁵³ Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 2, pp. 280-281.

rales, si de socialismo se trata, es un socialismo de neófito, pese a todas sus lecturas eclécticas sobre el tema. Las ideas socialistas profesadas por Ángeles no eran radicales ni revolucionarias; a lo que aspiraba era a la justicia social, a la educación que permitiría el progreso y la evolución de la humanidad, y confiaba en la “evolución gradual hacia una sociedad socialista”,⁵⁸ afirmando que “la marcha de cada sociedad en el mundo se hace en la tendencia del socialismo”.⁵⁹ El ideal de justicia expresado por Ángeles era un ideal que la gente humilde compartía plenamente por ser una de las promesas revolucionarias más anheladas por los mexicanos.

Al referir el juicio de Ángeles en Chihuahua en noviembre de 1919, Friedrich Katz señala que “uno de los dos momentos en que Ángeles mereció oleadas de aplausos, inmediatamente acallados por el presidente del tribunal, fue cuando hizo un llamado por el socialismo y la justicia social”.⁶⁰ Esos aplausos son emblemáticos. Si en sus últimos días de vida el general Felipe Ángeles ha sido acompañado por el apoyo de miles de chihuahuenses, ciertamente es porque la gente reconocía en él a un hombre sincero, recto, compasivo, la imagen de un jefe revolucionario en el que podían identificarse y en el que podían proyectar su propio sueño de una revolución justiciera, que pusiera término definitivo a la violencia y a los abusos de poder.

Conclusión

Cuando toma la decisión de internarse en México para unificar la lucha anticarrancista, admite que su posición es “una actitud de idealista y de loco si se quiere, pero firme. Yo no digo que tendré éxito; tal vez fracase; pero moriré en la raya, enamorado de un ideal, el democrático, y de un amor, el de todos los mexicanos”.⁶¹ Así, la personalidad bifacética de Ángeles es ajena a cualquier forma de autocomplacencia: “morir en la raya”, escribe

⁵⁸ Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 2, p. 281.

⁵⁹ Álvaro Matute, *op. cit.*, p. 133.

⁶⁰ Friedrich Katz, *op. cit.*, t. 2, pp. 310-311.

⁶¹ Carta a Maytorena, 16 de noviembre de 1916, en Adolfo Gilly, *op. cit.*, p. 149.

el militar; “enamorado de un ideal”, le contesta el poeta, el romántico, el hombre sediento de hermosura y absoluto, el humanista. Y así murió, “en la raya”, y probablemente sin rencor en el corazón.

Francisco Urquiza escribe en los años veinte que

[...] nos toca a nosotros, a las generaciones ignorantes de los hechos de aquella guerra, hacernos cargo de que [...] ha sido la revolución motivo de miles de cuentos y consejas espeluznantes y de narraciones regocijadas; aun a su costa se han falseado hechos y se han ‘refrito’ sucedidos de otras partes y de otras épocas; se han forjado héroes y se han inventado hasta ideales que no existieron al principio;

pero acto seguido propone “[...] llevar hasta las gentes que desconocieron aquello, una sensación de la estructura de los hombres que hicieron la revolución”.⁶²

Este intento de acercarnos a “una sensación de la estructura de los hombres que hicieron la revolución” es lo que quisimos proponer a través de un hombre involucrado en la vorágine de las rupturas, a la vez que mantenido en los márgenes por la mayoría de sus coetáneos, luego por los vencedores y también por la mayor parte de los historiadores, y que por ello nos revela otras dimensiones de lo que fue la Revolución para los hombres que la hicieron, y que soñaban con ensanchar el campo de las posibilidades ofrecidas a todos.

¿Paradigma o excepcionalidad? ¿Habría sido único el general Felipe Ángeles en su postura de hombre actuando en el parteaguas de dos universos levantados uno contra el otro, cara a cara, y con ese grado de compromiso con el devenir de la humanidad? ¿Quién podrá responder a esa pregunta? Carranza, sordo a todas las peticiones nacionales e internacionales que pedían clemencia, eliminó a Ángeles. ¿La Revolución triunfante de nuevo cuño —y sonoreNSE— que siguió, habrá acallado —o desoído— esa voz del humanismo, no sólo la de Ángeles sino otras?

⁶² Francisco L. Urquiza, *op. cit.*, pp. 5-6.